

UNA ACLARACION.

Por Angel C. Pinto.

EN el número anterior de esta Revista, autorizado por la firma prestigiosa del señor Alberto Arredondo, aparece un interesante trabajo sobre las comparsas. El señor Arredondo es bien conocido de los lectores de ADELANTE, pues esta publicación ha sido honrada por más de una vez con algunas de sus valiosas colaboraciones. Culto, estudioso y con mucho talento; muy conocedor de los problemas políticos y sociales cubanos, sobre todo, de aquellos que más directamente afectan a la raza de color; habilísimo, además, en el manejo de la pluma, los trabajos del señor Arredondo, que se caracterizan por la fluidez del estilo y la solidez de sus razonamientos, siempre merecieron la atención de cuantos se sienten atraídos por las graves cuestiones que agitan hoy, no sólo a las conciencias honradas en nuestro país, sino que también a la de todos los pueblos de la Tierra.

Por estas razones apuntadas, claro está que no me ha sorprendido que, tratándose de una cuestión como esta de las comparsas que tan candentes, variados y contradictorios comentarios ha suscitado, y en el que han intervenido los hombres de mayor responsabilidad y que con mejor empeño trabajan por el progreso del negro, no me ha sorprendido, repito, que el señor Arredondo haya venido a ilustrarnos, con toda la autoridad que le acreditan su vastísima cultura y su sólida experiencia, para decirnos en materia de tanta gravedad y trascendencia la última palabra.

Sin embargo, me parece que el señor Arredondo no nos saca a flote en este endiablado conflicto en el que andamos envueltos, revolucionarios y reaccionarios, a pesar de su buen deseo y su oportuna intervención. Partiendo de las premisas de que "revolución implica convicción" y que "convicción requiere razonamientos, argumentos, análisis", y que "estar convicto en el plano revolucionario es estar consciente", llega el señor Arredondo a la conclusión de que ADELANTE está consciente cuando plantea diáfamanamente el significado retardatario de las comparsas".

Aquí incurre—al menos creo yo—en un grave error el señor Arredondo, puesto que ADELANTE, Revista y Asociación, no se han pronunciado nunca en sentido contrario a las comparsas, sino que, por el contrario, fueron siempre fervorosos partidarios de ella. La primera vez que ADELANTE consideró en su página editorial esta cuestión, lo hizo en el número XXII correspondiente al mes de marzo último y de este editorial, que lleva por título "LAS COMPARSAS", es el párrafo que transcribo: "Admitida así la comparsa como un conjunto artístico, fué por lo que ADELANTE, fiel a los postulados de cultura y justicia social que la inspira, redactó y elevó al Sr. Alcalde de la Habana una exposición en sentido favorable al grupo que



la apoyaban (las comparsas), si bien expresando sus temores de que las comparsas pudieran degenerar en un espectáculo indecente, impropio de una ciudad que se precia de culta, como en efecto así ha sucedido”.

En el propio número XXII aparece íntegro el texto de la exposición que la Asociación “Adelante”, por conducto de su Secretario General, Sr. Mariano Salas, elevó al Sr. Alcalde de la Habana. De esa exposición es el párrafo siguiente: “Entendemos que unas comparsas bien organizadas, sin la participación de elementos ajenos a las mismas, que puedan contribuir a que éstas degeneren en un espectáculo de incivilidad, contribuirían a darle colorido y animación a nuestros ya monótonos Paseos de Car-

naval, lo que sería negativo si en vez de comparsas bien organizadas se le diera cabida en el paseo o se le permitiera transitar por los barrios de la ciudad, a los núcleos desorganizados, las llamadas CONGAS, lo cual sería etc., etc”.

Ni la Asociación “Adelante”, ni la Revista del mismo nombre, órgano oficial de la Asociación, se han pronunciado nunca en sentido contrario a las comparsas.

En el cuaderno número XXIII correspondiente al mes de Abril, bajo el título “DESPUES DE LAS COMPARSAS” se ocupa la Revista ADELANTE por segunda vez de esta cuestión, y lo hace como sigue: “El editorial de nuestro número anterior enjuiciando el espectáculo soez que bajo el nombre de Comparsa, y con el pretexto de atracción del turismo han ofrecido al pueblo de la Habana, el Alcalde Beruff y la flamante Comisión de Turismo Municipal, nos ha ganado la enemiga de valiosos colaboradores de esta Revista, que por tal motivo han adoptado la determinación de no seguir ofreciéndonos al aporte de sus interesantes trabajos, etc., etc”.

Este párrafo, tan interesante y sugerente, que debe leerse con detenimiento, no dice nada en contrario a las comparsas. Consecuente con su viejo criterio, el editorialista mantiene su misma posición en cuanto a ellas, pues ataca “ese espectáculo soez que bajo el nombre de comparsa”—esto es, de cosa que no lo es—y que con el pretexto de atracción del turismo han ofrecido, etc., etc”.

Bien aclarado, pues, que ADELANTE, ni la Revista ni la Asociación han combatido las comparsas, sino las llamadas CONGAS, digamos algo sobre esta importantísima cuestión.

El señor Arredondo — que dicho sea de paso se nos presenta en estas cuestiones de revolucionarismo y problemas negros como el hombre que está en posesión de la verdad definitiva y de última instancia como diría Eugenio Diiring—inscribe en la lista de los reaccionarios, a esos “magníficos elementos dignos de toda admiración y rectificador estímulo por falta de una conciencia renovadora”, por el hecho inocente de simpatizar estos con las comparsas, y no asumir una actitud de franca fulminación frente a ese “engendro abominable” salido de las capas más oprimidas y atrasadas de nuestra sociedad, que todos conocemos con el simpático y evocador nombre de Conga.

c

3

En Cuba, es ya varias veces secular el criterio indicador de cosa despreciable, salvaje y bárbara cuanto procede del negro, desde su música y sus bailes, hasta la virilidad y resistencia para el trabajo con el que el amo de ayer—y el de hoy—se ha enriquecido, y ha podido permitirse el lujo de una vida ociosa y placentera, a la par que ha puesto un tesonero empeño en cerrarle el paso al negro, víctima de su explotación, a cuanto ha podido contribuir al mejoramiento de sus condiciones económicas y sociales, sin lo cual será imposible que el negro alcance niveles superiores de progreso y de cultura.

Así piensa, desde el siglo XVI, el blanco esclavista explotador del negro, y así piensan los blancos prejuiciosos que hoy, so pretexto de una pintoresca teoría de superioridad, lo discriminan en todas las fuentes de producción del país, y de todo trabajo remunerable, incluyendo los mismos cargos oficiales. Pues bien; yo me pregunto ahora: ¿quiénes son los reaccionarios? los que se sitúan al enjuiciar estas manifestaciones del negro en el mismo punto y con el mismo criterio de los esclavistas del siglo XVI—enemigo tradicional del negro—y rechazan con gesto airado y además repulsivo esas expresiones musicales, o los que frente a ella adoptan una actitud de humana e inteligente comprensión y una simpática tolerancia, porque conocen las causas económicas e históricas que hacen que el negro tenga que producirse fatalmente de ese modo?

Admitida como una verdad inconcusa que nada se produce de un modo arbitrario en este mundo, y que todo hecho es el producto causal de los factores que lo han originado, todo lo que existe tiene su razón de ser y se justifica, precisamente por las propias causas a que debe su existencia. Y como que donde quiera que se produzca un hecho cualquiera; donde la vida se nos manifiesta de algún modo—aunque ella se nos presente del modo que más nos desagrade—hay un interés para el estudioso y el reflexivo, éstos, al acercarse a ellos para estudiarlos y comprenderlos, tienen que ir con el espíritu libre de todo prejuicio, sin perniciosas preocupaciones, y con esa amplia y franca comprensión y esa suprema serenidad sin las cuales, irremisiblemente, caeremos en los más deplorables extravíos.

Por lo que hace a mí, declaro que me gusta la música negra; ella me conmueve y me emociona. Esto, claro está, no tiene nada de extraño ni de particular, pues lo extraño sería que la cosa ocurriera de otro modo. Mas, debo de decirlo honradamente, si no bailo conga, si no arrollo por las calles de la Habana, acaso no sea esto una virtud mía; eso se lo debo quizás a mis padres que tuvieron la gran fortuna de haber adquirido los elementos necesarios para haberse colocado, dentro de las estrechas limitaciones que vivieron en su época como negros, por encima de sus demás hermanos de infortunio. Pero ni todos los negros hemos tenido padres, ni todos nuestros padres fueron afortunados en la vida. Hacer de esta desgracia del negro, que es desgracia nuestra, un tópico para reprimirlo y escarnerarlo, es infringirle un doble castigo por un delito que él no ha cometido.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Por eso, un grupo de hombres—negros y blancos—sinceramente interesados en los problemas del negro y de aquellos que no siéndolo sufren sus mismos dolores, sin que adoptemos actitudes de presuntuosa suficiencia, luchamos por la transformación económica de nuestro país, convencidos de **“que mientras al negro no se le coloque en mejor situación económica y triunfen sus reivindicaciones sociales, toda teoría de la evolución de las comparsas caerá por el suelo hecha pedazos”** dicho sea con las mismas palabras del Sr. Arredondo, y el negro—agregamos nosotros—seguirá tocando y bailando conga, aunque no lo quiera Beruff Mendieta, o la Sociedad de Estudios Afrocubanos, y aunque toda **“nuestra intelligentsia”** siga vomitando, con superlativa insensatez, sus ácrés y virulentos reproches sobre esos hermanos que, víctimas de la opresión que gravita sobre ellos y que justifica su ignorancia, se han quedado retrasados a la cola”.

No tengo el honor de pertenecer a la Sociedad de Estudios Afrocubanos; esto se debe a mi falta de conocimiento en esta importante cuestión, pero sí me sorprende el mal efecto que le produce al señor Arredondo la palabra **“afro-cubano”**, obstinándose en ver en ello algo así como una barbaridad. Lo que sí no he podido comprender es ese **“maya-mexicanismo”** o **“mexica-aztequismo”** que él nos ofrece de su propia cosecha. Cuando decimos, maya, inca o azteca, no es necesario agregar una palabra más para saber de qué se trata, pues no existe más que una raza maya, inca y azteca en México o el Perú; pero cuando se trata de determinar la composición etnológica de un sujeto producto de la unión de una africana y un español nacido en México—al menos a mí me lo parece—hay que acudir a la denominación **“hispano-afro-mexicano”**: el hispano y el mexicano a la nacionalidad; lo cual no le impedirá después, si es que así le place al sujeto, considerarse con legítimo derecho, un ciudadano del mundo.

El otro aspecto interesante del trabajo del señor Arredondo es su referencia a la **“faja negra de Oriente”**, por la circunstancia de ser muchos de sus propugnadores los que integran el **“llamado afrocubanismo”**. Este tema de la faja negra de Oriente, que parece serle tan grato al señor Arredondo, ya resulta hartamente manido, pues hace tiempo que pasó a la historia. De eso no se acuerdan ya ni los mismos que defendieron tal criterio, quienes, convictos de su inaptabilidad a nuestra realidad nacional, han hecho lo único que cabe hacerse cuando se es inteligente en estos casos: cambiar de línea y a otra cosa. Si la faja negra de Oriente hace tiempo que murió y la enterraron, no veo en ello otro **“indicio racional para planteamientos enjuiciadores”** que dejarla en paz y desearle que la tierra le sea leve.

Por lo demás, nada tiene de extraño que individuos de distinta filiación política y hasta de razas diversas, se hayan reunido atraídos por un común sentimiento de simpatía hacia esa fuente riquísima de emoción que fluye del alma y de las tradiciones del negro, y que han sido tan interesadamente desconocidas y calumniadas, para integrar la llamada **“Sociedad de Estudios Afrocubanos”**, como no lo tiene que en España hoy, para combatir la ferocidad y las truculencias del fascismo, se hayan reunido los hombres honrados de todos los partidos y de todas las tendencias, pues tanto lo uno como lo otro no es más que una simple cuestión de sensibilidad.

La afro se refiere a la integración etnea del individuo, el

Arredondo, 1937

INSTITUTO DE PATRIMONIO DOCUMENTAL